

De *Rythmes et Rires* (1894)

22 de diciembre —*El caso Wagner—Der Fall Wagner—* acaba de aparecer, elegante y concienzudamente traducido por los Señores Daniel Halevy y Robert Dreyfus. No importa la antipatía que puedan inspirar a una wagneriana (1) las teorías de Nietzsche, queda aún espacio para decir algunas palabras, sinceras, a este respecto.

El escrito de Nietzsche es característico: quiere parecer burlón y profundo al mismo tiempo, y es tan sólo curioso y rabioso. Nada, llegado de una inteligencia tan viva como amarga como era la del profeta, podría dejarnos indiferentes; pero la moral exige observar que los enemigos de un maestro se ven disminuidos por la misma grandeza de aquel al que atacan, y, en este caso, constatar que un Nietzsche no puede rebajarse al nivel de un Paul Lindau. (2)

No me detendré a discutir las afirmaciones *concretas* de Nietzsche sobre la música y el drama de Wagner. No se combaten los errores materiales, se los constata. Bastará un ejemplo:

“*Un acto entero sin voz femenina, no funciona. Pero, de momento, ninguna de las heroínas está libre. ¿Qué hace Wagner? Emancipa a la mujer más vieja del mundo, Erda. ¡Suba, abuela! ¿Hace falta cantar? Erda canta. El objetivo de Wagner se alcanza así.*” Estas líneas no sólo prueban que Nietzsche no sólo no ha comprendido los papeles de Erda y Wotan, lo que francamente no nos sorprende en absoluto, sino que ni siquiera sabe de que habla. En efecto, se evoca a Erda en el acto tercero de *Siegfried*, y si la diosa no apareciese el acto no se vería en absoluto privado de voces de mujer, puesto que Brünnhilde canta durante tres cuartos de hora. Además, Wagner no convertía a la voz femenina en un elemento indispensable de un acto, puesto que el primer acto de ese mismo *Siegfried* no es cantado sino por tres voces masculinas, Sigfrido, Mime, Wotan. (3)

Lo único interesante que se desprende del *Caso Wagner*, en medio de tantos errores materiales, de tan numerosos desprecios artísticos, es el contraste entre el espíritu de Nietzsche y el genio de Wagner. Los menos informados verán, a través de esta lectura, cual es la idea moral de la obra wagneriana, quienes deben ser los admiradores de esa obra y de donde vienen necesariamente sus enemigos.

A través de un singular capricho de las circunstancias, Nietzsche fue durante algún tiempo wagneriano. Pero ese malentendido no podía ser duradero: un alma así no podía comprender y amar tal obra. Aunque el *Caso Wagner* no sea una exposición ideológica doctrinal, el espíritu de Nietzsche se muestra en toda su fealdad moral. Sin examinar ningún problema de dogma, puede decirse que la obra de Wagner es de orden cristiano, inspirada por la renuncia del deseo egoísta, por el amor del que sufre, empujado hasta la redención efectiva. Nietzsche se revuelve contra esa idea. No es, de hecho, ni un verdadero apasionado, no es siquiera sensual, sino voluptuoso—los términos no son sinónimos—, por lo menos un voluptuoso intelectual, un diletante, un orgulloso, un egoísta, un aristócrata en el sentido más refinado, más odioso del término. La oposición es radical, absoluta. De un lado aparece el arte que puede denominarse cristiano —y Sófocles creando la figura de Antígona es ya cristiano para nosotros— el arte de nuestra edad media, el más amante, el más joven, el más humano que tal vez haya habido nunca, el arte al que se refiere también el concepto shakespeariano del hombre y la vida, y al que Wagner da una fórmula nueva, armónica, integral, sobre todo consciente. Del otro, el egoísmo artístico, filosófico, literario, que se manifiesta, con todo su lujo exterior, entre los paganos del renacimiento italiano y entre tantos espíritus contemporáneos, de entre los que no citaré sino dos nombres, dos temperamentos muy distintos, Nietzsche y Renan, igualmente detestados por aquellos que creen que la afirmación es el único principio generador de las grandes obras. Ningún acuerdo intelectual era posible entre el inventor de Zaratustra y el creador de Parsifal, el espíritu que no ha comprendido y glorificado sino “el deseo de poder”, el egoísmo inteligente y voluntario de la vida, y el poeta que escribía: *die Brüder dort in grausen Nöthen den Leib sich quälen und ertöden...* (4) Uno cree ver la grandeza y la fuerza, el otro la esclavitud del ser moral; para Wagner, el espíritu no es verdaderamente libre, verdaderamente grande, verdaderamente fuerte, sino cuando rompe las cadenas del egoísmo a través de una obra de crecimiento y amor “*la Redención para el redentor—Erlösung dem Erlöser.*”

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k2055357>

NOTAS

(1) No olvidemos que el autor firma con un seudónimo femenino. [Nota del traductor]

(2) Paul Lindau (1839-1919), dramaturgo alemán que escribió un artículo burlesco sobre Wagner después del estreno de El Crepúsculo de los dioses. [Nota del traductor]

(3) El amigo Alfred Ernst señala otra exageración. Nietzsche reprocha a Wagner haber modificado el concepto primitivo del *Anillo* influenciado por las ideas de Schopenhauer. Ahora bien, el poema de El Anillo fue concluido en 1852 y Wagner no conoció la filosofía de Schopenhauer sino en el invierno de 1853-54, a través de la lectura de la obra capital que le aportó su amigo, el poeta Herwegh, *Die Welt als Wille und Vorstellung*. [Nota del autor]

(4) *Parsifal*. Acto Segundo. “los hermanos, allá, entre crueles tormentos, /mientras castigaban su cuerpo y lo martirizaban.” Para el texto en castellano hemos recurrido a la traducción hecha por Jaume Creus y del Castillo para el Gran Teatro del Liceo de Ba

SOBRE EL AUTOR:

Henry Gauthier-Villars (1859-1931), nacido en una familia de famosos editores fue un periodista, crítico musical y novelista francés. A lo largo de su carrera firmó con numerosos seudónimos, entre ellos los de *Henry Maugis*, *Robert Parville*, *L'Ouvreuse*, *L'Ouvreuse du Cirque d'été*, *l'Ex-ouvreuse du Cirque d'été*, *Jim Smiley*, *Henry Willy* y *Boris Zichine*. Popular en su momento, su féretro fue seguido por cerca de 3.000 personas, es recordado hoy, sobre todo, como el mentor y primer esposo de la novelista Colette a la que ayudó a publicar sus seis primeras novelas.